

ticio salidas de este tenor, que quieren pasar por raptos pindáricos :

« Libre, sí, libre, ¡ oh dulce voz! Mi pecho  
Se dilata escuchándote, y palpita,  
Y el numen que me agita  
De tu sagrada inspiración henchido,  
Á la región olímpica me eleva,  
Y en sus alas flamígeras me lleva.  
¿ Dónde quedáis, mortales  
Que mi canto escucháis?... »

Esto es equivocar el vuelo lírico con la hinchazón y la bambolla; y, sin embargo, este pasaje está en la oda *A la Imprenta*. No es mi intento, sin embargo, comparar poeta con poeta. El uno es un gran lírico, igual á los mayores del mundo todo; el otro un literato elegante y correctísimo, pero no muy inspirado. Lo que sí afirmo es que Moratín comprendió mejor que nadie de su tiempo en España la austera sobriedad del gusto clásico, y que mereció bien de nuestras letras oponiéndose dura é inflexiblemente al *panfilismo* y al *magüerismo* de Cienfuegos, á su afectación continua y á su frase neológica, y dando ejemplos de tersura y limpieza de lenguaje, de modestia y sencillez en el pensamiento, de bruñida y acicalada versificación. Nadie había manejado en España como él el verso suelto, y hoy mismo nada hay que exceda á pasajes como este de la bella *Elegía á las Musas* :

« Yo vi del polvo levantarse audaces  
Á dominar y á perecer tiranos,  
Atropellarse efímeras las leyes,  
Y llamarse virtudes los delitos.  
Vi las fraternas armas nuestros muros  
Bañar en sangre nuestra, combatirse  
Vencido y vencedor, hijos de España,  
Y el trono desplomándose al vendido  
Ímpetu popular. De las arenas  
Que el mar sacude en la fenicia Gades  
Á las que el Tajo lusitano envuelve  
En oro y conchas, uno y otro imperio,  
Iras, desorden esparciendo y luto,  
Comunicarse el funeral estrago.  
Así cuando en Sicilia el Etna ronco  
Revienta incendios, su bifronte cima  
Cubre el Vesubio en humo denso y llamas,  
Turba el Averno sus calladas ondas,  
Y allá del Tibre en la ribera etrusca  
Se estremece la cúpula soberbia  
Que al Vicario de Cristo da sepulcro.... »

Los más hermosos versos sueltos italianos, los de Parini, Monti ó Hugo Fóscolo, no tienen más armonía que éstos. Y la expresión de Inarco es donde quiera robusta y sostenida. En la parte de lenguaje es modelo intachable.

Su pensamiento es siempre poético, aunque pocas veces nuevo. ¿ Pero tienen más originalidad otros líricos muy celebrados? Ciertamente que son vulgares las ideas expresadas en las epístolas *Á Jovellanos* y *Á un ministro sobre la utilidad de la historia*; pero ¿ no pueden pasar por vulga-

ridades la mayor parte de las cosas que se han dicho y escrito en el mundo? ¿Qué grandes intuiciones históricas habíamos de pedir á un poeta académico y árcade del siglo XVIII? Basta que pensase bien y escribiese noblemente. Las ideas de Moratín, aunque pocas y nada originales, tienen la ventaja de ser claras, precisas y exactas, y de no haber envejecido, al revés de los vagos presentimientos y trasnochadas filosofías del grupo salmantino.

Dicen que Moratín carece de afectos. Tiénelos, sin embargo, aunque reposados y dulces, en su teatro, y tiénelos de la misma clase en sus versos líricos. Tiene, entre otros, no sé si propio ó prestado, el sentimiento religioso en los dos primorosos cánticos *La Anunciación*, y *Los Padres del limbo*, y en la oda *Á la Virgen de Lendinara*. Ningún poeta del siglo pasado hizo nada que se pareciera á esto. Son versos de una pureza y una dulzura inimitables. Si Moratín fué volteriano, lo cual dudo mucho al leer estas y otras composiciones suyas, es fuerza confesar que sus facultades de asimilación eran portentosas. El último de esos cantos es en la forma *horaciano*, y de la escuela de Francisco de la Torre:

« Madre piadosa, que el lamento humano  
Calma, y el brazo vengador suspende,  
Cuando al castigo se levanta, y tiembla  
De su amago el Olimpo.

Ella su pueblo cariñosa guarda,  
Ella disipa los acerbos males  
Que al mundo cercan, y á su imperio prontos  
Los elementos ceden.

Basta su voz á conturbar los senos  
Donde, cercado de tiniebla eterna,  
Reina el tirano aborrecido, origen  
De la primera culpa.

Basta su voz á serenar del hondo  
Mar, que los vientos rápidos agitan,  
Las crespas olas, y romper las nubes  
Donde retumba el trueno.

Ó ya la tierra, con rumor confuso,  
Suene, y el fuego que su centro oculta  
Haga los montes vacilar, cayendo  
Los alcázares altos;

O ya, sus alas sacudiendo negras,  
El Austro aliento venenoso esparza,  
Y á las naciones populosas lleve  
Desolación horrible.

Ella invocada, de el sublime asiento  
Desde donde á sus pies ve las estrellas,  
Quietud impone al mundo, y los estragos  
Cesan, y huye la muerte.... »

Todos los razonamientos del mundo no bastarán á persuadirme que esta es pobre y despreciable poesía, precisamente por ser muy correcta, muy acabada en la estructura. No le ha de dañar á Inarco su propia perfección, ni pasaron jamás por méritos la negligencia y el desaliño. ¡Lástima que sean pocas las odas de Moratín! La dedicada *Á Nisida* es tal, que parece traducida de Horacio:

«¿ Ves cuán acelerados,  
 Nisida, corren á su fin los días,  
 Y los tiempos pasados  
 En que joven reías,  
 Ves que no vuelven, y en amar porfías?  
 Huyó la delicada  
 Tez, y el color purísimo de rosa,  
 La voz y la preciada  
 Melena de oro undosa;  
 Todo la edad lo arrebató envidiosa.  
 ¡Ay!, Nisida! ¡y procuras  
 Ver á tus pies un amator constante!...  
 En vano es el adorno  
 Articioso, y la oriental riqueza  
 Que repartida en torno  
 Corona tu cabeza,  
 Si falta juventud, gracia y belleza... »

No es menos *latina* la oda *Á los colegiales de San Clemente de Bolonia*, de artificio métrico graciosísimo:

«¿ Por qué con falsa risa  
 Me preguntáis, amigos,  
 El número de lustros que cumplí?... »

No quisiera citar la oda en elogio del mariscal Suchet, porque honra poquísimamente el patriotismo de Moratín; pero sí mencionaré la bella elegía *A la marquesa de Villafranca*, que, con ser imitación del *Non semper*, llega á confundirse con él en algunos pasajes.

Pensó Moratín haber añadido una nueva cuerda á la *lira española* con los versos que empiezan:

« Id en las alas del raudo céfiro... »

llamados por Hermosilla *asclepiadeos*; pero donosamente advirtió Gallego que tal metro no era otra cosa que la reunión de dos pentasílabos semejantes á los usados por Iriarte en su fábula *El naturalista y las lagartijas*, y aun hizo una parodia de ellos no poco chistosa:

## « RECETA.

Toma dos versos de á cinco sílabas  
 De aquellos mismos que el buen Iriarte  
 Hizo en su fábula lagartijera.  
 Forma de entrambos un solo verso,  
 Y esto repítelo según te plazca.  
 Mezcla, si quieres, que es fácil cosa,  
 Algún esdrújulo de cuando en cuando;  
 Con esto sólo, sin más fatiga,  
 Harás á cientos versos magníficos,  
 Como estos míos que estás leyendo.  
 Así algún día los sabios todos,  
 Los Hermosillas del siglo próximo,  
 Darán elogios al digno invento,  
 Ora diciendo que son exámetros  
 Ó asclepiadeos, ora que aumentas  
 Con nuevas cuerdas la patria lira,  
 No hallando en Córdoba laurel bastante  
 Con que enamarte las doctas sienas. »

Las sátiras de Moratín han alcanzado más general aplauso que sus odas. Todas son horacianas. La *Lección poética*, vencida en concurso por la de Forner ante la Academia Española, supera mucho á la obra premiada en igualdad y gusto, sobre todo después que su autor la corrigió (con

rigor tal vez nimio), y redujo á menores proporciones en los últimos años de su vida. *El filosofastro* empieza con una pintura cómica muy feliz, y acaba con una briosa invectiva. La epístola *Á Andrés* es un centón de neologismos tomados de poetas salmantinos, frases no todas censurables, pero sí combinadas del modo que el maligno censor las presenta. Casi todos los romances de Moratín son, á pesar de su forma, sátiras horacianas.

En la epístola moral rayó Moratín á la altura de Fernández de Andrada, acercándose mucho más que él á Horacio. Véase este retazo, y dígame si el poeta de Tíbur escribiría de otra suerte en castellano:

« ..... En vano al sueño  
 Invoca en pavorosa y luenga noche;  
 Busca reposo en vano, y por las altas  
 Bóvedas de marfil vuela el suspiro.  
 ¡Oh tú del Arlas vagaroso humilde  
 Orilla, rica de la mies de Ceres,  
 De pámpanos y olivos! Verde prado  
 Que pasta mudo el ganadillo errante,  
 Áspero monte, opaca sombra y fría,  
 ¿Cuándo será que, habitador dichoso  
 De cómodo, rural, pequeño albergue,  
 Templo de la amistad y de las Musas,  
 Al cielo grato y á los hombres, vea  
 En deliciosa paz los años míos  
 Volar fugaces? Parca mesa, ameno  
 Jardín, de frutos abundante y flores,

Que yo cultivaré, sonoras aguas  
 Que de la altura al valle se deslicen,  
 Y lentas formen transparente lago  
 Á los cisnes de Venus: escondida  
 Gruta de musgo y de laurel cubierta,  
 Aves canoras revolando alegres,  
 Y libres como yo, rumor süave  
 Que en torno zumbe del panal hibleo,  
 Y leves auras espirando olores;  
 Esto á mi corazón le basta... Y cuando  
 Llegue el silencio de la noche eterna,  
 Descansaré, sombra feliz, si algunas  
 Lágrimas tristes mi sepulcro bañan... »

¿Era ó no poeta el que de esta suerte atinó con la pureza, no á todos revelada, del arte pagano?

Moratín fué cabeza de un grupo literario en que abundaron más los filólogos y humanistas que los poetas. Melón, Estala, Hermosilla, Tineo y algunos más, señalados por la erudición ó por la crítica, figuraron en ese bando.

No perteneció á él, pero tampoco al salmantino, el célebre repentista Arriaza, ingenio poco clásico y cultivado, aunque agudo y donairoso versificador. Siguiendo con indecisión los rumbos de la crítica y del gusto por aquellos días, Arriaza hizo algún ensayo de poesía hasta cierto punto *horaciana*, si bien teniendo á la vista, más que á Horacio, á sus imitadores castellanos. Una de las piezas suyas más señaladas en este género es *La Profecía del Pirineo*, cuyo título sólo revela ya el propósito de imitar á Fr. Luís de León y á

Valbuena. Hay en esta oda, gallardamente versificada, estrofas tan nutridas y valientes como esta:

« Mira en haces guerreras  
La España toda hirviendo hasta sus fines ,  
Batir tambores , tremolar banderas ,  
Estallar bronces , resonar clarines ,  
Y aun las antiguas lanzas  
Salir del polvo á renovar venganzas.... »

En la sátira literaria, que Arriaza cultivó con predilección y buen éxito, tiene tal cual rasgo horaciano. Tradujo la *Poética* de Boileau, que ya habían intentado nacionalizar Alegre, Madramany y algún otro.

Marino como Arriaza, y como él de ingenio zumbón y chancero, fué el distinguido historiógrafo y erudito D. José de Vargas Ponce. La única poesía que le ha sobrevivido, es su chistosísima *Proclama del solterón*, sátira en cierto modo horaciana, pero de carácter muy español y castizo, rica de donaires y de sales, y escrita con hechicero desenfado. D. Juan Nicasio Gallego tuvo cuidado de pulir y alinear la versificación, al principio dura y descuidada, de esta *Proclama*. Entre los demás ensayos poéticos de Vargas, que son medianísimos, hay una epístola á D. Ángel de Saavedra, después duque de Rivas, incitándole á escribir un poema épico, epístola que fué contestada con otra, harto me-

jor, ambas inéditas hasta el presente año <sup>1</sup>.

Á la escuela que pudiéramos llamar *de Moratín*, pertenecieron sólo dos poetas: D. Dionisio Solís y D. Manuel Norberto Pérez del Camino. El primero, más conocido como dramático, tiene, entre sus versos líricos, alguna epístola en endecasílabos sueltos, imitación feliz de las de Inarco, y una ó dos odas en el estilo de Francisco de la Torre. Véanse estas estrofas:

« Pues á ti, Cloë mia,  
Á ti ofrece la madre primavera  
La luz del nuevo día,  
La rosa placentera,  
La clara fuente, y aura lisonjera;  
Vuélvete al cielo, y mira;  
Vuelve los ojos hacia el fértil suelo,  
Y todo amor respira  
Que con rápido vuelo  
Hinche ligero el mar y tierra y cielo. »

Pérez del Camino es, después de Burgos, el traductor más afortunado de los poetas latinos, que dió esa generación literaria. Él trasladó á lengua y poesía castellanas los versos de Catulo, las elegías de Tibulo y las *Geórgicas* virgilianas. Pero sus obras originales son bastante inferiores á las versiones, con haber, entre las segundas, algunas de mérito menos que mediano. De sus

<sup>1</sup> *Poetas líricos del siglo XVIII*, tomo III, Colección ordenada é ilustrada por D. Leopoldo A. de Cueto. (Tomo LXVII de *Autores Españoles*.)

odas horacianas, sirva de ejemplo la dedicada á *Galatea*, en que hay algunas estrofas regulares:

« Antes que el fuego de tus ojos viera,  
Cual joven pino, de la selva gloria,  
Tal se ostentaba con altiva frente  
Bello y lozano....  
Si dichas guarda la benigna Diosa  
Al blando pecho que agradece y ama,  
Que el Ponto airado la engendró en su seno  
Prueba el ingrato.»

Escribió Pérez del Camino tres sátiras, dedicadas á Moratín, á quien dice en la epístola nuncupatoria:

« Dame tu sal, tu gusto peregrino,  
Digno del Parthenón, digno del Lacio;  
De tu cítara dame el son divino  
Y la España también tendrá su Horacio.»

Los asuntos de dos de estas sátiras, de sabor asaz volteriano, son *La falsa devoción* y *La intolerancia*. Por lo demás, están bien escritas, aunque les falta el nervio de Quevedo, ó la severa austeridad de los Argensolas. El autor mismo reconoce que no le llevaba su genialidad por este camino:

« De dulce natural formado he sido;  
Más que para decir duras verdades,  
Para cantar los hurtos de Cupido.»

La *Poética* de Pérez del Camino, ha poco reimpresa en la ciudad de Santander, es su obra

maestra, aunque la doctrina no ofrezca novedad grande, siendo, como ya advirtieron los señores Cueto y Laverde, *la de Boileau y su escuela en toda su pureza*. Pero como poema no queda inferior al de Martínez de la Rosa. De la riqueza de su estilo y gallardía de su versificación, dará muestra el pasaje que á continuación transcribo, por ser imitación, tan libre como afortunada, de uno de la *Epístola ad Pisones*:

« ¿Qué no alcanza la lira sonora  
Cuando regala blanda los oídos?  
La misma religión su majestuosa  
Voz adornó con métricos sonidos:  
En ellos á la plebe pavorosa  
Del numen los oráculos temidos,  
Llena del santo horror que la agitaba,  
La Pithia sobre el trípode exhalaba.

La misma religión de esta manera  
Del canto proclamaba el son potente.  
Movié en tanto á la gloria lisonjera  
De Aquiles el cantor la griega gente:  
Su Musa que honrará la edad postrera,  
Sonora celebrando y elocuente  
De los antiguos héroes las acciones,  
Á pueblos y caudillos dió lecciones.

Hesiodo, preceptor de labradores,  
En versos exhaló su celo caro,  
Y cantando del campo las labores,  
Pródigo supo hacer el suelo avaro:  
Pindaro aseguró á los vencedores  
Del polvoroso circo nombre claro,  
Y del grave Lucrecio en la armonía  
Oír nos dió su voz Filosofía.

Así amor, así honores soberanos  
 En la tierra las musas alcanzaron,  
 Y aromas en sus aras pías manos  
 Del Ródope al Pirene derramaron,  
 Ni vivieron oscuros los humanos  
 Á cuyo ardor la cítara fíaron:  
 Legislador, filósofo, profeta,  
 Un objeto de culto fué el poeta.  
 Era en plazas y templos admirada  
 Su lira y en las cámaras reales:  
 Un poeta de Alcino en la morada  
 Canta á Ulises sus hechos inmortales;  
 Un poeta á Penélope, asaltada  
 Por el loco furor de cien rivales,  
 Consuela con su canto melodioso  
 Del largo apartamiento de su esposo.  
 Aun de las hiperbóreas regiones,  
 El bronco ferocísimo guerrero  
 El halago de armónicas canciones  
 En el festín amaba placentero:  
 De la lira de Ossián los blandos sonos  
 Calmaban de su pecho el ardor fiero,  
 Si de Morvén lloraba la ruína  
 Ó la temprana muerte de Malvina.»

Trozos parecidos pueden entresacarse de casi todos los cantos del poema.

Pero después de Moratín, nadie acertó tan completamente con la poesía horaciana como el insigne lírico catalán D. Manuel de Cabanyes, muerto en la flor de sus años, el de 1832. Extraño y nuevo parecerá este nombre á muchos de nuestros lectores, ya que raros caprichos de la suerte han querido que permaneciese olvidado,

al par que han alcanzado no poco renombre ingenios de las primeras décadas de este siglo, muy inferiores á él en todo. Cabanyes tenía lo que faltó á Moratín: ideas, sentimientos y vida poética propia. Imitaba los modelos antiguos con la libertad del verdadero genio lírico. Su educación literaria fué rica, fecunda, y para aquel tiempo muy variada. Conocía y admiraba las obras de los corifeos del romanticismo, especialmente á Byron, de quien, por lo menos desde 1823, había en Barcelona noticia; pero eligió por modelos á Horacio, Luis de León, Alfieri, *Francisco Manoel*, ó séase *Filinto* (de quien más adelante he de hablar con extensión), y quizá Hugo Fóscolo, al cual en muchas cosas se parece. Gustoso aprovecho esta ocasión de renovar la memoria del *Andrés Chemier catalán*; si bien me aqueja el temor de volver á tratar asunto ya magistralmente estudiado por el doctísimo Milá y Fontanals. Como quiera que sea, apuntaré algo de tan excelente horaciano, uno de mis vates predilectos, remitiendo, á quien desee más noticias y juicios más profundos y acabados, al artículo que, con el rótulo de *Una página de historia literaria*, antecede á las *Producciones escogidas* de Cabanyes (Barcelona, 1858).

Cabanyes no juzgó oportuno dar á la estampa más que doce *odas* con el título de *Preludios de mi lira* (Barcelona, 1832). Todas entran rigurosa-

mente en el género horaciano, á excepción quizá de la última, titulada *Colombo*, que es un canto lírico ó *carne* por el estilo de *Los sepulcros* de Fóscolo. En todas ellas, á excepción de una, prescindió su autor de la rima, anheloso de acercarse á la pureza helénica.

Abre la serie *La independencia de la poesía*, oda de asunto literario, en que la personalidad poética y moral del escritor aparece vigorosa y de resalto. Alma sencilla y modesta, pero de recio temple, de antes quebrar que torcer, indignase (con indignación un poco retórica) contra Horacio por sus adulaciones á Augustó, y describe en bellas y animadas estrofas el carácter, nunca desmentido por cierto, de su propia poesía:

«Como una casta ruborosa virgen  
Se alza mi musa, y tímida las cuerdas  
Pulsando de su arpa solitaria,  
Suelta la voz del canto.  
¡Lejos, profanas gentes, no su acento  
Del placer muelle, corruptor del alma,  
En ritmo cadencioso hará süave  
La funesta ponzoña!  
¡Lejos, esclavos, lejos: no sus gracias  
Cual vuestro honor, traficarse y se venden,  
No sangri-salpicados techos de oro  
Resonarán sus versos.»

Cabanyes, en general puro y correcto, es, á veces, atrevido, pero con felices atrevimientos, en el lenguaje. El penúltimo verso lo demuestra.

Y sigue justificando nuestro lírico su ausencia de galas y primores rítmicos:

«Fiera como los montes de su patria,  
Galas desecha que maldad cobijan....  
.....  
Sobre sus cantos la expresión del alma  
Vuela sin arte: números sonoros  
Desdeña y rima acorde: son sus versos  
Cual su espíritu libres....»

La estrofa de Francisco de la Torre, usada en esta oda, es una de las predilectas de Cabanyes. Tomóla quizá de la oda de Moratín *Á la Virgen de Lendinara*, ó más bien, según creo, de las composiciones portuguesas de Correa Garção y Filinto, en cuya lectura parece empapado.

El poeta, que tan alta idea tenía de su arte, no había de hacerle descender á los triviales asuntos, tan de moda en el siglo pasado, ni emplearle tampoco fastidiosamente en idénticos temas. Sus odas ofrecen gran variedad de tonos y argumentos, dignos y elevados siempre. Maldice al *Oro* en el segundo de sus *Preludios*, y maldícelo por una manera del todo horaciana, que recuerda las invectivas á la navegación y á la audacia de los hombres; y como maestro en la disposición lírica, alude oportunamente á la conquista de América:

«¡Joya fatal, jamás te ornara, oh madre!»



El modo cómo en esta pieza se combinan los versos sueltos

« Pacto infame , sacrilego ,  
Con el Querub precito celebrara....»

trae á la memoria una traducción de Horacio hecha por Herrera , y varias composiciones lusitanas.

Superior á esta oda es la tercera *Al cólera morbo asiático*, singular por el asunto y algunos detalles, pero rica de valientes rasgos en medio de sus desigualdades.

El final, relativo á la guerra civil portuguesa, es rápido y de primer orden :

« Ya aullando  
Sobre tus torres, ¡oh Ulysea! , vagan  
Las furias de Montiel y las de Tebas.»

La oda 4.<sup>a</sup>, poco interesante por el motivo, dado que se reduce á una felicitación de días, escribióse después de una lectura del *Donarem pateras* de Horacio, cual lo indica el mismo Cabanyes en su epígrafe, y lo prueban además estos versos :

«Índicas telas, y chinescos vasos,  
Y candelabros de oro reluciente  
Tu amigo ausente, en prenda de cariño,  
Darte quisiera....»

En las demás estrofas hay asimismo reminiscencias del lírico latino.

Vienen después unos endecasílabos *A Cintio*,

composición admirable y amarguísima, del género de Leopardi, cuyos cantos de seguro no conocía el ignorado poeta de Villanueva y Geltrú.

La penosa impresión que tales versos dejan en el ánimo disípase en presencia de *La Misa Nueva*, verdadero *himno sacro* digno de Manzoni, aunque compuesto en forma horaciana. Adoptó para él Cabanyes el asclepiadeo moratiniano combinado con su hemistiquio agudo, lo cual produce un movimiento lírico desusado. Para las ideas empapóse derechamente en el Nuevo Testamento, dando de este modo á su poesía un carácter de dulce majestad, muy diverso del sublime y arrebatado que ostentan las inspiradas por objetos de la ley antigua. De la belleza incomparable de *La Misa Nueva* den testimonio estas estrofas ;

«¡ Ah! No le olvida, y un hijo escógese,  
Entre sus hijos, á cuya súplica  
Cuando en los áridos campos marchitese  
La dulce vid,  
Romperá el seno de nubes túrgidas,  
Y hará de lo alto descender pródiga  
Lluvia que el pecho del cultor rústico  
Consolará.  
Un hijo escógese cuyas plegarias  
Tornarán mansa la eterna cólera,  
Cuando ceñido de piedra y rayo  
Asolador,  
Sobre las alas del viento lóbregas  
Volará el justo contra los réprobos,  
Y so sus plantas truenos horrisonos  
Rebramarán.

Bien como el arco , señal de calma  
 Que de los montes la yerma cúspide  
 Une á las altas salas espléndidas  
 Do mora el sol ,  
 Así él la tierra , mansión de angustias ,  
 Juntará al trono de Dios ingénito ,  
 Y humanas preces bondoso el Numen  
 Escuchará....»

Así está escrita toda la oda, inclusa la conclusión, que no hallo violenta, separándome en esto sólo, y quizá con error, de la opinión del señor Milá, quien, por lo demás, considera esta pieza como una de las cuatro obras maestras del poeta. Es asimismo uno de los ejemplos más palpables de cuán bien se une la forma clásica con el espíritu cristiano en manos de un artífice diestro.

Creendo con el docto crítico citado que son cuatro las obras maestras del poeta, me permito contar en este número la oda *Á mi Estrella*, superior en conjunto á *La Independencia de la poesía*, y bajo todos aspectos una de las composiciones más perfectas, geniales y características del vate laetano :

«¡ Salve, luz de mi vida,  
 Guadora gentil de mi carrera,  
 Estrella mía, salve!  
 Largo tiempo mis ojos te han buscado:  
 En el zafir celeste  
 Clavados largo tiempo, á tus brillantes  
 Hermanas preguntaron,  
 ¡Ay!, y á su voz ninguna sonreía.

Mas tú... yo te conozco,  
 Y tú me escucharás, Ninfa del Éter;  
 Sobre tus áureas alas  
 Á tu mortal descende que te implora,  
 Y así de su destino  
 La ley sobre su frente, con un rayo  
 De tu corona escribe:  
 «Ciencias vanas que el alma ensoberbecen  
 Y el corazón corrompen,  
 Favor de plebe y dones de tiranos  
 Este mortal desprecia...  
 ¡Hombres! Pensad, mas permitid que piense;  
 Dejad pasar su carro,  
 Que no él al vuestro impedirá que marche.  
 De vuestra fantasía  
 Los ídolos amad: él nada anhela  
 De lo que amáis vosotros.  
 Del corazón en el altar, do tiene  
 Pocos nombres inscritos,  
 Arde una llama pura, inmensa, eterna:  
 ¡Hombres, ella le basta;  
 Nada quiere de vos más que el olvido!»

¡Qué dignidad y qué encantadora dulzura!  
 ¡Qué hombre y qué poeta! ¡Y esto lo escribía  
 un estudiante, muerto á los veinticinco años, que  
 pasó olvidado y desconocido su corta y labo-  
 riosa vida, sin que ninguna voz viniese á alen-  
 tarle, sin que sospechase nadie que en un cua-  
 derno anónimo, publicado en Barcelona, se  
 ocultaba el alma de un poeta, capaz de rejuve-  
 necer la antigüedad y de infundirla un aliento  
 nuevo, como Chénier, como Fóscolo, como  
 Leopardi, como Shelley! Y en una época que

se jactaba de clasicismo, muchas veces falso y de segunda mano, nadie paró mientes en aquel joven catalán á quien parecía haber transmigrado el alma de Horacio. Quintana le conceptuó superior á cuantos entonces hacían versos en España, lo cual no era elogio grande, por cierto, tratándose de 1830. Pero Hermosilla, sin reparar que Cabanyes era en la forma el discípulo más fiel de aquel Moratín por él tan alabado, le trató como á un principiante de buenas disposiciones, y se dignó dirigirle impertinentes reparos gramaticales. Y ciertamente que si Hermosilla hubiera sentido de veras la belleza clásica, cuyos ejemplares conocía bien como filólogo, habríale faltado valor para sus censuras, después de leído este pasaje de la misma oda :

«¡ Yo lo veré con llanto,  
 Pero mi pecho latirá tranquilo!  
 Del Ida allá en la cumbre,  
 Así al Saturnio el gran cantor nos pinta,  
 El áspera refriega  
 Contemplando de Teucros y de Aquivos.  
 Caen los héroes : rojas  
 Con la sangre las límpidas corrientes  
 El Janto y Simois vuelcan;  
 La faz llorosa y suplicantes manos  
 Al Olimpo dirigen  
 Las dárdanas esposas y las madres;  
 De las Deidades mismas  
 El feliz corazón palpita inquieto,  
 Y calma goza eterna  
 El padre de los hombres y los dioses!»

Esta maravillosa imagen de la serenidad olímpica, esta reproducción, en pequeña escala, de uno de los grandes cuadros de Homero, ¿no entusiasmaban al traductor de la *Iliada*?

La oda *A Marcio*, escrita en dodecasílabos combinados, con su hemistiquio agudo, de esta suerte :

«Por la angosta senda de Garraf riscoso  
 Corcel desbocado dirigir sin riendas,  
 Ó por las fúrentes olas del Egeo  
 Barquilla regir....»

es composición bastante singular y extraña. Imita en partes el *Delicta majorum* y otras odas de Horacio; pero amalgama estas imitaciones con recuerdos nacionales, y termina con la jura en Santa Gadea, un poco afectadamente descrita. No se acomoda fácilmente á andar en versos horacianos *el que en buen hora nació*.

La oda *Al estío* tiene estrofas de primer orden por la rapidez y el número :

«Hacia ti con deseos criminales  
 La su vista de águila volviera  
 Entonces de las Galias  
 El domador, cual mira  
 Hambriento azor en la región del éter  
 La que va á devorar tímida garza.  
 ¡Astro del Orión! Hermoso brillas  
 En las noches de Otoño; mas tu lumbre,  
 Nuncio de tempestades,  
 Llena de luto el alma

Del labrador, que en torno al duro lecho  
 Enjambre ve de nudos parvulillos.  
 Mensajera de mal la estrella Julia  
 Así de Italia apareció en el cielo....»

¡Qué frases tan horacianas: *nudos parvulillos, estrella Julia (sidus Julium)*! ¡Qué lírica es la transición de la segunda estrofa

«¡Astro del Orión, hermoso brillas!»

Lo que se echa de menos en esta pieza, es suficiente enlace entre sus partes.

Distinto es el lunar de la ingeniosa oda intitulada *Mi navegación*. La alegoría no es bastante clara, como ya advirtieron Hermosilla y Milá. Pero altas ideas, generosos sentimientos y bellas estrofas compensan bastante tal defecto.

Á menos de transcribirla íntegra, no es posible dar idea de la dulcísima poesía erótica, que comienza:

«Perdón, celeste virgen,  
 Si á tus honestos labios  
 Arrebaté de amor costoso un sí;  
 Si á tu inocente pecho,  
 Si á tus sueños tranquilos  
 Turbé la calma plácida: perdón....»

Estos versos, únicos de amores que publicó el poeta, son la más íntima y quizá la más acabada de sus producciones. No se concibe mayor pureza de sentimiento y de expresión:

«Y cuando al fin mi espíritu  
 Las odiadas cadenas

Rompa, que le atan al arcilla vil;  
 Y sus alas despliegue  
 Y á volar se aperciba  
 Á la eterna mansión del Sumo Bien;  
 ¡Ángel mío! en los coros  
 Yo esperaré encontrarte  
 Que himnos santos entonan al Señor;  
 Y á tan plácida idea  
 Sobre el muriente labio  
 Sonrisa celestial florecerá....»

Nada diré del *Colombo*, que no es obra propiamente horaciana. En la última edición de Cabanyes figuran (además de sus traducciones de una homilía de San Juan Crisóstomo, y de la *Mirra* de Alfieri) varias poesías inéditas y no coleccionadas, por desdicha en corto número. Hay entre ellas dos odas horacianas, inferiores en conjunto á las que el autor publicó; pero bastantes á acreditarle, si ellas faltasen.

También cultivó Cabanyes la epístola al modo de Horacio. Tres tuyas conocemos, bastante inferiores á sus odas, pero llenas de hermosos versos.

Harto me he detenido en la conmemoración y juicio de las obras de este poeta excelente; hartas muestras he presentado, con el solo fin de excitar á su lectura á los verdaderos amantes de nuestra musa lírica. Para conocer á Cabanyes, es preciso leer, y no una vez sola, esa serie de áureos fragmentos, cuyas bellezas no son de las

que hieren y deslumbran á ojos profanos. Su patria no se acuerda de ese purísimo ingenio que Roma y Atenas hubieran adoptado por hijo suyo. Para él no ha llegado la posteridad todavía. Unos pocos admiradores y paisanos del poeta se han deleitado con sus delicadísimos versos: del Segre acá no le conoce nadie.

## XII.

Retrocedamos un tanto para seguir los progresos de la escuela sevillana en su glorioso renacimiento, comenzado á fines del siglo XVIII, y continuado en los primeros años del presente.

No pertenece á nuestro objeto estudiar las causas de aquel movimiento de restauración *berrerriana*, ni describir tampoco el lamentable estado de las letras andaluzas cuando los poetas y críticos de Sevilla comenzaron su tarea. Sabido es todo esto, gracias á los excelentes trabajos del Sr. Cueto, historiador sagaz y eruditísimo de nuestra poesía del siglo XVIII. Á mí, fiel cronista de la imitación horaciana, sólo me toca considerar en la escuela *neo-hispalense* este parcial aspecto. Los esfuerzos de Olavide y Jove-Llanos, primero; los de Forner, más tarde, fueron animando el mar muerto de la cultura sevillana, hasta producir en la juventud académica cierta generosa emulación, que se mani-

festó primero con la fundación de la *Academia Horaciana*, por Arjona y Matute, y un poco más tarde, hacia 1793, con el establecimiento de la *de Letras Humanas*, cuya influencia fué poderosa y duradera. De allí data la moderna escuela sevillana, que aspiró y aspira á ser prolongación de la antigua de los Herreras, de los Arguijos y de los Riojas. No es hora de discutir tan nobles propósitos; basta dejar sentado que el moderno grupo literario de la capital de Andalucía tiene propios timbres de nobleza, aunque en muchas cosas se aleje, por influjo de los tiempos, de sus antiguas tradiciones.

Pecó la escuela de Sevilla por demasiado *escuela*; dió importancia excesiva al lenguaje poético, y cayó por ende en el amaneramiento; mas dejó buenos ejemplares de aquella especie de poesía artificial y académica, entonces en boga, sin contar con que alguno ó algunos de sus miembros tenían verdadero ingenio lírico, y lo manifestaron en diversas ocasiones. La pléyade poética hispalense compúsose, como es sabido, de Núñez, Roldán, Castro, Arjona, Reinoso, Blanco y Lista. Poco tengo que decir de los tres primeros. Núñez fué poeta bíblico y *berrerriano*, y el indulgente entusiasmo de sus compañeros le puso en predicamento más alto del que merecía. De Roldán, grande escrivario, autor de *El Angel del Apocalipsi*, hay una odita

horaciana *Al natal de Filis*, bastante linda, aunque de ningún interés por el asunto. Mejor es otra de Castro, titulada *El Arroyuelo*, aunque sin novedad alguna en el pensamiento, pecado capital de los poetas sevillanos.

Exceptúo, sin embargo, á Arjona, el más lírico de todos ellos, y el más horaciano de nuestros vates, después de Moratín y de Cabanyes. *La Diosa del Bosque*, *La Gratiud*, la oda *A la memoria*, son tres joyas clásicas, en especial la primera y la última. ¿Quién no recuerda las brillantes y ligeras estrofas, que principian:

«Hija del cielo, bella Mnemosina,  
Que de Jove fecunda,  
Diste la vida á Clío en la colina  
Que eterna fuente inunda;  
Si yo algún día te adoré en el ara  
Que el pincel sobrehumano  
Del vencedor de Apeles te elevara  
En el jardín Albano,  
Báñame, ¡ oh diosa!, en tu esplendor risueño,  
Que abrasa y no devora,  
Y rico de tu don, mire con ceño  
Cuanto Cresos atesora....»

*La Gratiud* tiene bellos rasgos de estilo, y morbidez grande de versificación:

«¿No ves, bien mío, las purpúreas flores  
Sentir las leyes á que tú has cedido?  
Aun esos troncos desmayar de amores  
Hace Cupido.  
Amor es alma de que el orbe vive,

Autor celeste del ardor fecundo  
En que las auras de su ser recibe  
Plácido el mundo....»

Pero á estas dos composiciones supera mucho *La Diosa del Bosque*, calificada por Hermosilla de *magnífica y sin el menor descuido en el estilo ni en la versificación*. Es, además, notable por lo gracioso del artificio métrico, inventado por el autor y no seguido por nadie, que yo sepa:

«¡ Oh! Si bajo estos árboles frondosos  
Se mostrase la célica hermosura,  
Que vi algún día en inmortal dulzura  
Este bosque bañar!  
Del cielo tu benéfico descenso  
Sin duda ha sido, lúcida belleza:  
Deja, pues, Diosa, que mi grato incienso  
Arda sobre tu altar,  
Que no es amor mi tímido alborozo,  
Y me acobarda el rígido escarmiento  
Que, ¡ oh Piritóo!, castigó tu intento  
Y tu intento, Ixión....»

Esta deidad invocada por el poeta es el símbolo de la serenidad y armonía clásicas,

«Imagen perfectísima del orden  
Que liga en lazos fáciles el mundo....»

Otras odas horacianas hay en la colección de Arjona. Citaré la que comienza

«No siempre lanza el enojado cielo  
El fiero rayo de la nube horrenda....»